

DIA QUINCE.

Santa Teresa de Jesus, fundadora de la reforma del Cármen, y San Antioco, obispo.

SANTA TERESA DE JESUS.

La grande *Santa Teresa, virgen, madre y maestra de los frailes y de las hermanas de la Orden de los carmelitas de la mas estrecha observancia* (así la anuncia el Martirologio), nació en Avila, en España, el dia 12 de Marzo de 1515, siendo la menor de tres hijas que tuvieron Alfonso Sanchez de Zepeda y Doña Beatriz de Ahumada. Desde los primeros años de su edad manifestó Teresa los altos designios que tenia sobre ella la Providencia, pues inflamado su tierno corazon con las máximas de los libros espirituales y ejemplos de las vidas de Santos que se leian en su familia, concibió una inclinacion vehemente á la virtud, un afecto especial á la Santísima Virgen, y un ardiente deseo del martirio, al grado que teniendo solamente siete años se huyó de su casa en compañía de su hermano Rodrigo, de diez, para ir en solicitud de los moros que les quitasen la vida por la fé. Un tio suyo que los encontró en el camino los hizo volver á la morada paterna; pero los fervorosos niños, mirando frustrados sus planes, resolvieron hacerse ermitaños, y al efecto fabricaron en la huerta de su casa dos pequeñas chozas con ramas de árboles. Entregóse allí nuestra Santa á los ejercicios de piedad que estaban á su alcance, rezaba muchos rosarios, adornaba una imágen del Salvador que tenia en su ermita con flores, las que ofrecia con algunas devociones, y embebida en santos pensamientos, ocupaba no pocos ratos en oracion, que aunque no muy perfecta, preludiva ya aquel sublime don que debia alguna vez distinguirla.

Estos bellos principios que habian producido los libros de piedad, se interrumpieron de repente con la leccion de libros profanos; temible ejemplo para los cristianos que incautamente abrazan sin eleccion ni consulta todo género de lecturas. Tenia Teresa doce años cuando perdió á su virtuosa madre, y hallándose sin esa importante guia se entregó con gusto á leer novelas y romances. Su imaginacion, que era muy viva, pronto se exaltó con las aventuras amorosas que con tanto daño de la juventud se pintan en esa clase de

*S^{ta} Teresa de Jesus.**S. Antioco Obispo.**S. Galo Abad.**S. Florentin Obispo.*

abras; reafirmáronse sus buenas deseos y adiéronse su corazón á las galas, á la profanidad, al placer de ser vista y de lucir en todas las concurrencias, y á la inclinacion, en fin, de ser querida y cortejada. Ayudaba á todo este desconcierto una peligrosa comunicacion que contrajo Teresa con un pariente suyo; pero Dios, que queria salvarla de un funesto naufragio, dispuso que su padre aplicase pronto remedio, metiéndola de seglar en un convento de agustinas.

En aquel sagrado retiro reconoció Teresa todas sus faltas y el riesgo á que habia puesto su salvacion: penetróse su alma del mas acerbo dolor; retoñaron en ella las virtuosas inclinaciones de su niñez, y con los ejemplos que tuvo á la vista durante su permanencia en el monasterio, las santas conversaciones que despues de salida de él tuvo con un tio suyo muy virtuoso, y la particular leccion que hacia de las epístolas de San Gerónimo, se resolvió, á pesar de cierto horror natural que sentia por las austeridades y soledad del claustro, á abrazar el estado religioso. No le costó poco trabajo conseguir la licencia de su padre; pero alcanzada ésta á costa de muchas lágrimas y ruegos, y habiendo vencido otros combates del demonio, entró con heróico valor en el convento de carmelitas de Avila el dia 2 de Noviembre de 1535, á los veinte años de su edad.

Luego que nuestra Santa tomó el hábito se inflamó su corazón en el mas abrazado amor de Dios y el mas ardiente deseo de agradarlo. Entregóse con fervor á aquellas austeridades, cuya sola imaginacion la habian horrorizado ántes de su entrada: los mas espantosos cilicios, las sangrientas disciplinas, el continuo ayuno y las maceraciones de toda clase eran nada para aquella grande alma. Su humildad la hacia abrazar todos los oficios mas abatidos y penosos, y la estimulaba á sufrir todas las humillaciones y desprecios. Su obediencia á las preladas, su interior recogimiento, su empeño, en dos palabras, por adquirir todas las virtudes de su estado era tan edificante, que la jóven novicia pasaba por el ejemplo y modelo de las mas ancianas religiosas. Pero una vida tan austera no podia dejar de alterar una naturaleza nada robusta y extremadamente nerviosa: Teresa fué acometida de violentos males epilépticos, y sus digestiones se perturbaron tanto que sus vómitos eran continuos; ninguno creia que ella acabase su noviciado, pero se engañaron; nuestra Santa hizo la profesion religiosa con tal resolucion y valor, que admiró á todos los concurrentes.

Como entónces no estaban las monjas obligadas á la clausura, fué llevada Teresa en compañía de otra religiosa á la casa de su herma-

na, para atender á su curacion; pero con los remedios creció mas su enfermedad, agregándose á sus padecimientos físicos otros morales, pues habiéndola comenzado Dios á favorecer por ese tiempo con una altísima contemplacion, hasta la oracion de quietud y union, y don de lágrimas, ni ella conocia el valor de estas gracias, ni hallaba confesor que la entendiese y aconsejase. La detencion de nuestra Santa con su hermana fué por tanto inútil para el restablecimiento de su salud; pero el Señor se valió de esa ocurrencia para la conversion de un mal sacerdote, que movido de los ejemplos de Teresa de Jesus, sobrenombre que habia tomado en la profesion, y ayudado de sus oraciones, se apartó de su desarreglada vida y se entregó con constancia á ejercicios de piedad y penitencia conformes á su estado, con los que borró los escándalos con que habia ofendido á sus prójimos.

Los males de Teresa la redujeron casi á la última extremidad, sin hallar alivio alguno ni aun variando de asistencia en la casa de su padre, en que llegó á tenerse por muerta en un síncope que le duró cuatro dias. En este deplorable estado permaneció por tres años, hasta que por la intercesion de Sr. San José alcanzó su salud; y de aquí le vino la devocion que por todo el resto de su vida conservó al Santísimo Patriarca, y el empeño en dilatarla entre todos los fieles, asegurando haber experimentado siempre los mas favorables y prontos efectos de su patrocinio.

Retiróse Teresa á su monasterio, aunque restablecida de la salud tan tibia en el espíritu, que ocupaba horas enteras en el locutorio, y llegó á tal disipacion, que se dispensó de la mayor parte de los ejercicios de comunidad, persuadiéndose era especie de hipocresía querer parecer observante. Detúvola Dios casi al borde del precipicio, pues habiendo salido á asistir á su padre en su última enfermedad, le deparó un sábio religioso dominico que la confesase, el que reconociendo su tibieza, le aconsejó se entregase á la oracion, como el medio mas eficaz para recobrar el perdido fervor. Obedeció nuestra Santa, y dándose á este santo ejercicio, comenzó á reconocer la relajacion de su vida y el peligro en que se hallaba su eterna salvacion. Así es que vuelta á su convento por el fallecimiento de su padre, abrazó con tanto teson y constancia la oracion, que jamas la dejó de hacer cada dia, aun durante las grandes sequedades y aridez de espíritu que sufrió valerosamente por espacio de diez y ocho años.

Aunque habia cortado Teresa toda comunicacion peligrosa con los seglares, su corazon aun se hallaba apegado bastante á las criaturas. Parecia que se mantenía neutral entre el partido del mundo y el de Dios, cuando el Señor dispuso que la atenta lectura de las confesiones de San Agustin, y los sentimientos que produjo en su alma la inopinada vista de Cristo atado á la columna en el paso de los azotes, la decidiesen á abrazar, sacrificándolo todo, el árduo camino de la perfeccion. Fortalecida nuestra Santa con una nueva gracia, rompió, en fin, todas las prisiones, y en el mismo instante se halló elevada á un grado muy sublime de contemplacion. Pero Dios, que queria purificar aquella grande alma, determinó sujetarla á una sensibilísima prueba. Sus confesores no entendian su espíritu, desaprobaban su modo de orar, y no se persuadian de la realidad de las gracias que el Señor le concedia, ántes trataban de ilusion aquellos favores del cielo: no eran mas indulgentes con ella las religiosas, y lo que le causó mayor mortificacion fué el haberse divulgado sus cosas por el mundo, y verse calificada de extravagante, singular, é insigne embustera.

Ya casi cedia esta muger pundonorosa y extremadamente sensible á tan deshecha borrasca, cuando (como la misma Santa lo ha confesado) la consoló Dios, deparándole por director á un sábio y prudente jesuita, que la dirigiese con acierto en las oscuras sendas del camino espiritual. La solidez del espíritu de este padre, la suavidad con que se manejó, y los oportunos consejos que supo dar á la Santa, especialmente haciéndole apreciar mas la mortificacion interior que todas las devociones sensibles; de tal suerte prendaron á Teresa, que entregándose sin reserva á su direccion, sin disminuir en nada los rigores de la penitencia, y añadiendo mas silencio, mayor retiro y recogimiento, muy en breve llegó á conseguir la tranquilidad de su corazon.

Por este tiempo llegó á Avila San Francisco de Borja, que consultado por Teresa aprobó su espíritu y le dió los mas sábios y acertados consejos. Pero el que mas contribuyó á elevar á nuestra Santa á la mas alta perfeccion fué el célebre y venerable padre Baltazar Alvarez, de la misma Compañía de Jesus, de quien el Señor reveló á nuestra Santa haber sido en aquel tiempo el hombre mas perfecto del mundo. Bajo el magisterio de este gran varon hizo Teresa los mayores progresos en el camino espiritual. Entónces su entendimiento iluminado con ilustraciones sobrenaturales y su co-

razon abrasado en las llamas del amor mas puro, fué cuando logró alcanzar el conocimiento de aquellos elevados misterios y divinos favores, que resaltan en su vida y en sus admirables obras espirituales.

Caminaba Teresa con la mayor tranquilidad, bajo la direccion de los jesuitas, de quienes ella misma escribió: *Ellos son mis padres, y despues de nuestro Señor, á ellos debe mi alma todo el bien que tiene;* cuando volvió á suscítársele otra persecucion. Hízose sospechoso á muchos el camino que seguia. Seis sujetos, aunque espirituales, que examinaron las cosas de Teresa, resolvieron que estaba ilusa: intentaron privarla de la sagrada comunión: pensaron delatarla á la inquisición: creyeron estaba endemoniada; y tanto á ella como á su director, que á la sazón se hallaba ausente, los trataron de personas crédulas, fáciles y ligeras. En toda España no se trataba de otra cosa que de las imaginadas ilusiones de Teresa, y poco faltó para que la anegase aquella nueva tormenta, si Jesucristo desde la cruz no la hubiera sostenido, y disipando sus temores y dudas no le hubiese devuelto la alterada paz de su corazón. Pero aun debia Teresa experimentar otras nuevas persecuciones. Resuelta á reformar su Orden, y asegurada ser esta la voluntad de Dios, emprendió fundar la nueva reforma sin que nada fuese capaz de acobardarla. Animada á esta generosa empresa por el padre Alvarez, su confesor, San Pedro de Alcántara y San Luis Beltrán, religioso dominico, puso manos á la obra, y teniendo en su favor al papa, al obispo de Avila y á su mismo general, compró una casa para dar principio á sus designios. Todo al parecer caminaba prósperamente; pero tan luego como se publicó aquel grande intento metieron tanto ruido las quejas de su convento, las contradicciones de los padres carmelitas, la resistencia de la nobleza, la oposición de los magistrados, la murmuración de los pueblos y la formal oposición de todo el mundo, que se creyó imposible llevar al cabo aquella nueva fundación. Atacóla el infierno con cuantos medios se ha valido siempre para destruir las obras del Señor. Fueron innumerables las sátiras, las calumnias, las imputaciones é injurias con que fué denigrada la virtud de nuestra Santa; pero ella triunfó con heroica paciencia de tantos obstáculos y venció todas las dificultades con el mas heroico valor. La reforma del Cármen descalzo fué hecha.

En efecto, recibido por Teresa el breve del papa Pio IV, concluyó su convento bajo la advocación de Señor San José: bendijo el

obispo de Avila la Iglesia; y con toda solemnidad el dia 24 de Agosto de 1562 entró al nuevo edificio la Santa acompañada de otras cuatro doncellas de extraordinaria virtud, para dar principio á la nueva fundación. Tal fué el nacimiento de esta célebre reforma, ó por mejor decir, de esta nueva religion, uno de los mas bellos ornamentos de la Iglesia de Dios, sagrado instituto que en cerca de tres siglos no ha decaído de su espíritu primitivo; hermosa reunión de vírgenes que siguen al Cordero inmaculado, y que en medio de las mas numerosas poblaciones han sabido fabricarse una silenciosa soledad, donde siempre está ferviente el espíritu de penitencia y el don de oración, que les dejó en herencia su iluminada madre Teresa de Jesus.

Apénas se vió Teresa en su establecimiento, cuando se dedicó á escribir las constituciones que debian regir á su nueva familia. El alto concepto que tenia formado de la Compañía de Jesus, á la que siempre le profesó un particularísimo amor, y de cuyo instituto y sugetos dejó escritos los mas honoríficos elogios, le hizo adoptar muchos puntos de sus reglas. Puso por fundamento de la suya la oración y mortificación de los sentidos. Entabló la mas estrecha clausura: cerró los locutorios: prohibió el trato con los seculares: impuso el mayor silencio aun entre las religiosas: quiso, en fin, que sus hijas no tuviesen mas comercio que con el cielo. Mudó el hábito de estameña en gerga, los zapatos en sandalias: las camas blandas se convirtieron en gergones de paja; el alimento de carne, en vigiliyas y grosero sustento: en una palabra, sus reglamentos solo respiran austeridad, obediencia, humildad y continua union con Dios.

El mundo, que siempre se engaña, se equivocó tambien en esta ocasion. A vista de una tan extremada mortificación, aseguraron los prudentes del siglo, que la reforma quedaria limitada en el monasterio de Avila: pero no fué así. En ménos de doce años entre mil maravillas y heroicos ejemplos de paciencia, celo y confianza en Dios, fundó Teresa diez y seis conventos en España; fué traído su instituto durante su vida á esta ciudad de México, de la que se ha estendido á varias de nuestras provincias, y lo vió establecido tambien en Génova; últimamente, en el dia se ha estendido por toda la cristiandad.

Habiendo llegado á Avila el general de los carmelitas, formó tan alto concepto de la virtud de nuestra Santa, y quedó tan prendado

de la nueva reforma, que solicitó se estendiese á los antiguos padres del Carmelo, encargándose Teresa de darles los estatutos que habian de observar. No costó ménos esta reforma que las de las monjas; pero venciendo la heroica magnanimidad y confianza en Dios de Teresa todos los estorbos y dificultades que se presentaron, llevó tambien al cabo esta gloriosa empresa. El venerable Fr. Antonio de Heredia y San Juan de la Cruz, acompañados de la Santa madre, tomaron el hábito de la reforma en Valladolid, y de allí pasaron á fundar el primer convento á Duruelo el dia 30 de Noviembre de 1568. Estas fueron las firmes columnas sobre que se levantó el famoso edificio de la reforma de los carmelitas descalzos, de estos varones ejemplares, honor de la Iglesia, á la que han ilustrado no solo con sus religiosas virtudes en el silencio de los claustros sino con el celo apostólico, con que sin desmerecer de su espíritu de soledad y retiro, se han dedicado á la salvacion de las almas y aun á la conversion de los infieles, especialmente en nuestras Américas; uniendo, segun los preceptos de su ilustrada reformadora, la caridad de Marta á la contemplacion de María.

Los dones que Teresa recibió del cielo no se limitaron á esta famosa reforma. Ilustrada altamente en los caminos de Dios; poseyendo al mas elevado grado la ciencia de los Santos, y experimentada en todas las sendas de la perfeccion, dejó para bien de las almas multitud de piadosos escritos, que en todos tiempos serán apreciados, y que justamente la han merecido el título de mística doctora de la Iglesia. Estos libros, que la Santa Sede ha calificado de doctrina celestial y de piadosa devocion, escritos por obediencia á sus confesores, son admirables en todas sus partes. La historia de su vida, el tratado de la perfeccion, el camino de la misma, y los pensamientos del amor de Dios sobre el Cántico de los Cánticos, son una muestra de la heroicidad de su alma: la historia de las fundaciones de sus conventos es una edificante reseña de sus trabajos; las Instrucciones sobre la oracion mental, las Meditaciones para despues de la comunión, el Castillo de la alma, y la Coleccion de sus cartas, están sembradas de máximas de suma perfeccion; y todas ellas forman el mas vivo retrato de su seráfico espíritu, el mejor pagnégico de su excelente entendimiento, y el mas precioso tesoro con que Dios ha enriquecido á los fieles en estos últimos tiempos.

Lo que mas causa admiracion es, que la vida tan activa y laboriosa de Teresa jamas alterase en ella su recogimiento interior.

Semejante á los ángeles que nunca pierden de vista á su Dios, estaba unida á su celestial Esposo en el tumulto de tantas ocupaciones, como en el silencioso retiro de su oratorio. Las visiones divinas eran ordinarias en Teresa: su trato con Dios era familiar: sus éxtasis casi continuos: los favores que recibió del cielo son indecibles. Es imposible referir en compendio una vida tan portentosa. Ya se veia desposada con Jesucristo; ya era entregada especialmente por hija á María; unas veces el Espíritu Santo le manifestaba haberla tomado por esposa; otras el Padre Eterno le daba á entender era su hija predilecta. Un serafin, últimamente, como lo celebra la Iglesia el 27 de Agosto, le traspasó el corazon con un dardo de fuego, dejándolo encendido en tal amor unido al mas insaciable deseo de padecer, que no hallaba medio entre sufrir por su Amado ó morir. *O padecer, ó morir*, era su particular divisa.

Tal fué la vida de Teresa por espacio de muchos años, empleada siempre en el gobierno de sus súbditas, en sus nuevas fundaciones, en escribir sus celestiales libros, y en elevar su Orden á la perfeccion que siempre ha sido su patrimonio. Pero deseando el Señor premiar ya tantos trabajos emprendidos por su gloria, determinó llevarla á los celestiales gozos. Habiéndose visto precisada á ir á la ciudad de Alba, fué allí atacada de la última enfermedad, despues de haber combatido sus males por dilatado tiempo. Comulgó todos los dias desde la fiesta de San Mateo hasta la de San Miguel, en cuyo dia tuvo que hacer cama por un flujo de sangre, de que se cree que murió. En la víspera de San Francisco, por la tarde, no pudiendo ya mover ninguna parte de su cuerpo mas que los ojos y la lengua, pidió el sagrado viático, y mientras se lo traían dirigió á sus hijas una exhortacion admirable. Cuando entró el Santísimo Sacramento hizo la fervorosa paciente tal esfuerzo para presentársele, que parecia haber recobrado el movimiento de todos sus miembros: lo recibió de una manera que hablaba mas al corazon de los asistentes que los discursos del sacerdote que se lo administraba. Murió al dia siguiente por la tarde, 4 de Octubre de 1582. Mas como en este año se recibió la reforma del calendario por la autoridad del papa Gregorio XIII, tal dia se computó por el 14 del mes, quitándose los diez dias que disponia dicha reforma. Santa Teresa vivió sesenta y siete años, seis meses y tres semanas, habiendo pasado cuarenta y siete años de religiosa, veintisiete en la Orden antigua, y veinte en la reformada.